



CAPÍTULO IX

En el cual la dicha de todos los personajes vá á más
y mejor

RETROCEDAMOS un poco.
Muy poco tiempo tardó Concha en dejar de ver las cosas color de rosa; y contra todo lo que se esperaba, iba siendo más desgraciada cada día.

Concha no se quejaba mas que de su suerte.

Á su suerte le echan muchos la culpa de lo que les sucede.

Esta es una salida facil y en la que buscan un consuelo los desgraciados.

Lo difícil es echarse uno la culpa á sí mismo, cosa que ni por las mientes les pasa á la mayor parte de esos desgraciados.

Concha no había hecho mas, en todo caso, sino dejarse llevar de los acontecimientos.

—Privada me robaron, decía; yo no pude oponer resistencia: Arturo no se podía haber casado nunca conmigo; después se metió el general á mi casa, y yo no pude hacerlo salir. ¿Qué culpa tengo de todo esto? Es mi mala suerte.

—Amé á Arturo: yo debía haber amado al sastre ó al de la guitarra; pero esa fué mi suerte.

—No debí salir de mi casa, pero mi suerte. ...

—No debí haber admitido al general; pero el general es tan pegoste y tan porfiado..... mi suerte, en todo mi suerte, ¡qué hemos de hacer!

¡Heróica resignación!

Los prosélitos de esta fácil y espeditiva resignación hacen su viaje por este mundo, dando trapiés de desgracia en desgracia, todo por su mala suerte.

También doña Lola estaba resignada con su suerte, según ella misma decía. Se le había lanzado don Jacobo á la revolución por su mala suerte; pero en cambio se le había aparecido don José, que era su paño de lágrimas.

De todos modos, Concha no estaba contenta con su suerte, porque hubiera querido que el general hubiera sido un ángel; pero era una bestia feróz, un oso blanco.

Le había salido celosa como Otelo, no la dejaba ni á sol ni á sombra.

Arturo era más confiado, como niño al fin; pero el general, el general la tenía mártir, y representó dos veces al

día «El Tigre de Bengala» durante cinco meses.

Concha lloraba también dos veces al día, y algunos días dejaba de llorar dos horas en veinticuatro.

No cesaba Concha de quejarse de su mala suerte.

Cuando Pío Blanco salió de la cárcel fué cuando Concha empezó á consolarse de nueva cuenta: es cierto que Pío había matado á Arturo; pero en cambio la consolaba ahora de las barbaridades del general.

La primera visita de Pío Blanco, al salir de la cárcel, fué para Concha.

Esto era una fineza.

Y todas las demás visitas tenía el pobre de Pío que hacerlas escondidas del general, todo por no causarle un disgusto á Concha.

Cada una de estas otras cosas era otra fineza.

En lo único en que Concha tenía suerte era en las finezas que hacían con ella.

La última fineza de Pío Blanco fué la de dar un día de campo sólo por Concha, sólo por distraerla, por librarla un día siquiera de la ferocidad del general, por verla reír y gozar con el campo, con la canoa, con las chinampas y con todo lo del paseo. Irían amigos de confianza como Pío Prieto, como Pepe Pardo, y sobre todo, Pedrito que era tan buen chico.

Cada uno de estos tres pollos había de llevar una señora, y Pío á Concha, total: ocho personas.

Había una persona que supiera mejor la historia de Concha que Concha misma: esta persona era Casimira. Desde que Concha se emancipó, Casimira no se ocupó en mas que seguirle la pista, y en tener al tanto á doña

Lola por el fidedigno conducto de toda la vecindad, de todo lo que hacía Concha.

La víspera del día de campo de Pío, había interrumpido un diálogo de doña Lola y don José un acontecimiento notable.

Acababa de entrar al patio de la casa de doña Lola un hombre á caballo preguntando por la esposa del coronel Baca.

—No vive aquí, gritó Casimira, aquí no vive la mujer de ningún coronel, aquí todas somos pobres.

—Niña, aquí ha de ser, insistió el jinete.

—Que no, le digo..... ¡esposa de coronel! ni para un remedio.

—Se llama doña Lola.

—¿Doña Lola?

—Sí.

—¿Y su marido?

—Pues don Jacobo Baca.

—¿Ya es coronel?

—¡Pues no!

—Entonces, aquí es, hombre de Dios, eso es hablar en castellano. Si ya es coronel don Jacobo entonces..... Doña Lola! doña Lola! se puso á gritar Casimira. Doña Lola! ya don Jacobo es coronel, y la vienen á llamar á usted de su parte. Suba usted, señor, agregó dirigiéndose al jinete: allá en el corredor de arriba, en la vivienda del rincón.

El jinete se apeó y subió á ver á doña Lola.

—Un ojo con mi caballo, señorita, por vida de lo que más estime.

—No tenga usted cuidado, que aquí nada se pierde, toda es gente segura y de muchos años: no faltaba más sino que se perdiera algo en la casa de nuestra Señora de la Luz: ¿no vió usted el letrado al entrar?

—Qué tal, continuó Casimira, dirigiéndose al grupo de vecinos que rodeaba ya el caballo: hizo bien don Jacobo; yo de hombre haría lo mismo; no hay como la revolución para salir de pobres. Coronel! el señor coronel! já, já, ja: con razón le dije á ese hombre que no era aquí la casa: quién había de pensar! por eso me gustan los liberales, y es chinacate legítimo que se le conoce á legua: miren qué buen caballo; quién sabe de quién serías tú, animalito, y cuántas muertes deberá el héroe que te trepa! que viva don Jacobo! Oigan, vecinas, vamos á felicitar á doña Lola y á obligarla que nos dé tamales y atole de leche, como albriicias de la buena noticia.

—No, mejor chongos, dijo una vecina.

—Mejor mole de guajolote, agregó otra.

—¡Eso es! cada uno vá pidiendo, no se puede decir nada, hambrientos!

—Hambrienta tú, que quieres tamales luego.

—Es justo.

—Cállense, que ya baja el del caballo.

—Y es buen mozo, dijo muy que-dito una vecina.

—Muchas gracias, señorita, dijo el jinete á Casimira. Ahí está eso para nieve; y le dió un peso.

—¡Ah, qué señor! dijo Casimira haciendo desaparecer completamente su pupila izquierda, pretendiendo hacer una coquetería.

—Mi medio, dijo un muchacho, animado al ver que daban.

El jinete repartió pesetas y medios á todos los curiosos, montó á caballo y dió las buenas tardes. Aquel enviado extraordinario hizo un efecto mágico en la vecindad.

Doña Lola recibía por primera vez una carta de su marido y por primera vez también recibía dinero. El enviado había informado á doña Lola que el coronel Baca era muy valiente y que ya mandaba una fuerza que merodeaba por Ajusco, bajaba á Tlalpam y solía recorrer los pueblos de Xochimilco y Mexicalcingo.

Doña Lola y don José cuando se hubieron repuesto de la primer sorpresa se pusieron á leer la carta de don Jacobo, que decía así:

«Monte de Ajusco etc.

»Mi querida esposa de mi cariño:
»Mealegraré que al recibo desta te
»ayes con salud en compañía de nues-
»tros ijitos y compadre don José esta
»solo sereduca á que como andamos
»ya cerca con la fuerza por orden del

»cuartelgeneral y como siempre triun-
»faremos telo paso avisar paque un
»día vengas a Xochimilco y te pueda
»ver y á mis ijitos de mi corason ay te
»mando eso para tí son sin cuenta pe-
»sos que los disfrutes mea legraré.

»Tu esposo que ver tedesea.

»C. Coronel Jacobo Baca.»

—¡Qué dice V., compadre de mi alma! exclamó doña Lola al acabar de deletrear la carta y dándose una palmada en el muslo derecho que hizo estremecer á don José.

—¿Qué dice V. no más? Yo me alegro por mi compadre.

Don José y doña Lola se quedaron viéndose el uno al otro.

Después de aquellas dos exclamaciones, ninguno de los dos se atrevía á indicar el giro que debería tomar la

conversación, hasta que después de un largo rato don José dijo:

—¡Con que coronel!...

—¡Coronel! repitió doña Lola abriendo los ojos y encogiendo los hombros. ¡Coronel!

Volvió á reinar el silencio, durante el cual don José jugaba con la carta que tenía en las manos.

—¿Con que V. cree, compadre, que triunfará la revolución?

—Vea V... los papeles públicos... eso de los periódicos dicen que no y que no; pero la revolución siempre triunfa y mi compadre lo dice de puño y letra y como ya es jefe...

—Jefe, sí señor, y muy jefe; ¿cuánto tienen los coroneles?

—Vea V., en campaña... asegún...

¡Ah!... exclamó convencida doña Lola, y al cabo de un rato continuó:

—¡La vuelta de don Jacobo!

—Eso, comadre, eso, la vuelta.

—Porque en fin...

—Eso es lo que yo digo.

—Y lo de Concha.

—Usted dirá... lo de Concha.

—Y lo de Pedrito.

—Lo de Pedrito; pero al fin es hombre.

—Cierto, es hombre y los hombres... donde quiera.

—¡Ay doña Lola!

—¡Ay don José!

Don José suspiró.

Doña Lola también suspiró agregando:

—¡Ya ni compadres nos decimos! ¿qué dice V?

—¡Cabal! yo la dije á V.: «Ay doña Lola» y V. me contestó: «Ay don José,» y es que como nos ha cogido de sopetón la noticia.

—De sopetón... que ni quien se la esperara.

—¡Albricias, albricias! gritaba Casimira subiendo la escalera, haciendo mucho ruido y seguida de algunas vecinas y de todos los muchachos de la vecindad.

Esta irrupción dió término á la perplejidad de doña Lola y don José.

Los cincuenta pesos estaban todavía sobre la mesa.

—Aquí hay para tamales, doña Lola; nos va V. á convidar á tamales porque ya es V. coronela. Muchachos, ¡qué viva la coronela!

—Vamos, vamos, Casimira, se atrevió á decir don José, es necesario no armar escándalo por eso.

—Como V. es tan callado quiere que todo se haga quedito; pero no señor, es necesario festejar esta noticia, ¿no es verdad, doña Lola? ¡cómo que ha de estar V. contentísima! yo también tengo mucho gusto porque no

volverá V. á pedirme mis planchas prestadas. Don José, agregó Casimira dirigiéndole una mirada diabólica, ya viene el amo.

Don José se mordió los labios.

Doña Lola no se deshizo de sus importunas visitas sino después de haberles ofrecido una tamalada.

